María Rosa Lojo: En las fronteras de lo autobiográfico

Marcela Crespo Buiturón
Universidad Autónoma de Barcelona

La cuestión autobiográfica y la discusión que ha provocado acerca de su inclusión en el ámbito de la ficción o la no-ficción, así como la problemática del exilio y la inmigración, también vinculados con el conflicto de la escritura y su relación con la dicotomía realidad-ficción, son dos de los temas más estudiados en las últimas décadas y dos ejes importantes en la obra de María Rosa Lojo, que se perfilan en constante diálogo.

Con respecto a la primera problemática, algunos críticos han considerado a la autobiografía como género no ficcional, en tanto que para otros es uno de los lugares en que se decide la necesaria e intrínseca ficcionalización de toda escritura narrativa. En este campo se enfrentan muchas y variadas cuestiones: la lucha entre ficción/verdad, los problemas de referencialidad, la cuestión del sujeto, la narratividad como constitución del mundo, etc. La resolución de estos puntos se ve agravada, entre otras cosas, por la multiplicidad de formas del género: memorias, diarios íntimos, etc.

Por citar algunos nombres y posturas, G. Gusdorf (1991) planteó que la autobiografía no se ha dado siempre, ni en todas partes, y que en muchos casos ha adquirido diferentes matices. Relaciona la introspección en el "yo" con una práctica que supone un producto tardío de cierta civilización y que históricamente arranca del cristianismo y de la confesión (Ej. *Las Confesiones* de San Agustín). Del mismo modo, Bajtín (1989), al estudiar las formas autobiográficas de la clasicidad greco-latina, pudo constatar que el eje de su construcción no era el individuo como hoy lo conocemos, porque el cronotopo que las animaba era el ágora y no la privacidad íntima, que afloraba en ellas. Según Pozuelo Yvancos (1988), una cultura en la que la confesión como práctica tiene vigencia entenderá mejor la autoexhibición de la individualidad y lo que toda autobiografía tiene de autojustificación.

Lo que se pone en tela de juicio en todos los casos es que el "yo" sea una referencia indiscutible, salvo que queramos reducirlo, como lo hizo el estructuralismo, a una inmanencia textual autorreferida al propio discurso. Benveniste (1971) dijo: "yo" es quien dice "yo" en una frase con sujeto. El problema con esta aseveración es que no siempre el "yo" ha incluido igual mundo de referencia.

Por lo tanto, ante esta objeción se abren dos corrientes críticas divergentes:

1. Quienes piensan que toda narración de un "yo" es una forma de ficcionalización. Una línea que arranca de Nietzsche, que reúne a Derrida, Paul de Man, R. Barthes y lo que se conoce en general como reconstrucción, plantea el intrínseco carácter ficcional del género autobiográfico. Goethe, Proust, Valery, entre otros, han afirmado que la literatura toda es una forma autobiográfica.

2. Quienes como Gusdorf, Starobinski, Lejeune, Bruss, etc., aun admitiendo que algunas formas autobiográficas utilizan procedimientos comunes a la novela, se resisten a considerarlas como ficción, lo cual redunda en proponerlos como testimonios verídicos, históricos y bases documentales para los historiadores.

Hamburger (1957), por su parte, sostiene que toda narración en primera persona queda fuera de la ficción, puesto que hay en el sistema de la lengua una distinción básica entre "enunciados de realidad" y "enunciados ficcionales" y el relato en primera persona está situado fuera del sistema de ficción, en la medida en que remite a un sujeto de la enunciación que lo predica suyo realmente y garantiza su ocurrencia. Pero Hamburger admite que buena parte de las ficciones están construidas en primera persona, por lo que establece tratarse de una forma mixta o especial en cuanto se comporta como un enunciado de realidad "fingido"[1]. Y concluye que solamente el contexto, y no la forma textual, podrá discriminar cuando el "yo" es fingido y cuándo responde a una realidad histórica.

Lejeune (1975) sostiene que es el contrato de lectura que identifica al "yo textual" con el "yo autoral" el que da origen y especificidad al género autobiográfico. Parte de la definición de autobiografía: "relato retrospectivo en prosa que una persona real hace de su propia existencia, poniendo énfasis en su vida individual y, en particular, en la historia de su personalidad".[2] Para que haya autobiografía es necesario que coincidan la identidad del autor, la del narrador y la del personaje.

Cuando se habla de identidad, se debe entender la del autor que certifica la veracidad de lo dicho y que resulta ella misma verificable. Las corrientes

actuales no plantean la textualidad como un simple resultado del sujeto, sino al contrario: es el "yo" el que resulta construido por el texto (lo cual problematiza la postura de Lejeune). Se produce entonces un desplazamiento del centro del problema autobiográfico. La relación no se establecerá tanto entre la narración autobiográfica y los hechos históricos, su verdad o no, sino en la relación entre ese texto narrativo y su sujeto. Con ello se genera una crisis de identidad y de autoridad, la autobiografía pierde la calidad de testigo documental y pasa a convertirse en el proceso de búsqueda, por un sujeto, de una identidad en última instancia inasible.

Para De Man, en oposición a Lejeune, la autobiografía muestra una naturaleza tropológica y especular de un "yo" que cuando dice "yo" dice "otro". Un sujeto presenta a otro, son dos sujetos. El mundo, el universo referencial, es un libro, es decir, el lenguaje mismo que construye al sujeto autobiográfico, que le da voz y presencia.

Hasta aquí, sólo he presentado un brevísimo panorama de la cuestión autobiográfica, pero, pensando en los textos de Lojo, lo interesante es indagar, a partir de las diversas formas de encarar lo autobiográfico, cómo construye la autora su propia figura de exiliada hija en su obra y en sus reflexiones críticas. Para ello, debemos ahondar en la segunda problemática, no menos compleja, que es la del exilio y/o inmigración. En el presente trabajo, sólo me atendré a un matiz de la cuestión, que es el que importa para la obra de Lojo y que está ligado con la presencia de lo autobiográfico en aquélla: el de los "hijos" del exilio republicano español en la Argentina[3].

Como es de entender, la crítica no ha tratado tanto el caso de éstos como de los propios "protagonistas", entre otras cosas, por una simple cuestión de envergadura y trascendencia de estos últimos. Pero en Argentina la cuestión de los hijos y nietos de españoles inmigrantes o exiliados es un tema que circula en su literatura y que ha dejado huellas ostensibles. Por una parte, porque la presencia española, no sólo en las letras, sino también en las costumbres, la arquitectura, el idioma, etc., es innegable, sino también porque es, de alguna manera, comparable con la propia emigración y exilio argentinos[4], debido a las dictaduras militares (lo que la acerca al exilio republicano) y las crisis económicas (cercanas a los movimientos migratorios españoles de fines del siglo XIX y principios y años '50 del XX).

Esta red de confluencias se ve acentuada por casos muy peculiares, en los que se entrelazan ambos países, como lo son los de Luis Seoane y Luis Alberto Quesada. Ambos, nacidos en Argentina, hijos de emigrantes españoles, participaron de la guerra civil y fueron condenados a muerte por el régimen

franquista. Curiosamente, los dos se salvaron de la misma por ser argentinos. Estos hijos se encontrarán escindidos entre dos nacionalidades, dos espacios, dos culturas, aunque, por haber participado activamente en la realidad de la guerra y del exilio, mantendrán su fidelidad espiritual a la Península. Sus escritos estarán atravesados por el combate y la nostalgia de esa tierra, en principio paterna, pero también propia. Argentina, querida como lugar de acogida, será una tierra accidental en muchos casos.

Como en una suerte de gradación, se asiste a una transmisión del sentimiento del exilio: de los protagonistas mismos a sus hijos españoles (en parte, protagonistas también, pero básicamente "herederos") y, finalmente, a los hijos argentinos, definitivamente ajenos a la experiencia fáctica, pero no a la espiritual.

Entre los hijos españoles, la situación es clara: en sus hogares, la evocación de la tierra natal del inmigrante o de la guerra civil del exiliado fueron realidades siempre presentes. Viviendo entre dos polaridades (el mundo abandonado y el *otro*, el de refugio), sintieron en su situación actual la presencia constante de otra dimensión vacante, la cual buscaron permanentemente en toda clase de actividades culturales y sociales.

El uso del idioma, casi terapéutico y más propio del exiliado que del inmigrante, que deriva en una suerte de obsesión, se convierte en una forma simbólica de recordar la propia identidad, por una parte, y, por otra, un escape hacia la utopía del regreso. Con la idea omnipresente de vivir en tierra "prestada", era necesario inventar una nueva vida e intentar navegar entre ambas orillas.

Se convocan, en este ámbito, sentimientos encontrados. Algunos españoles hijos declaran sentir a España como la madre perdida, en cambio, otros, como una especie de madrastra, que no les ha permitido conservar recuerdos agradables, como a sus padres, por no haberla vivido. Ellos mismos se denominaban "la generación desorientada", o bien, "los hombres fronterizos". Aunque el concepto de frontera es un tanto problemático en este caso, puesto que los límites de lo propio y de lo ajeno no están tan claros como deberían. La indefinición de la nacionalidad y del sentido de pertenencia, así como la dualidad de la figura de España, un país lejano, pero que a la vez está instalado en sus hogares como si un conjuro lo acercara, vuelven traslúcida la frontera entre lo español y lo argentino, lo real y lo deseado.

Viven una situación petrificada—como sostiene Mateo Gambarte[5]—donde sus padres tratan de llenar el futuro truncado, ya que el exilio no permite renovar el modelo de sociedad por el que se luchó, convirtiendo así al tiempo,

y no al espacio, en el verdadero tirano que los condena a una ausencia referente que, sin embargo, es una presencia constante, y donde fomentan el ansia del regreso en sus hijos. Ven en éstos la única posibilidad de futuro, de perpetuación de sus ideales y de sus modelos. Y esto los ubica a caballo de dos patrias, sin una historia propia y con una identificación fragmentada con la sociedad, la realidad y los valores de su entorno.

Para ejemplificar esta situación, es bastante esclarecedora una anécdota que cuenta José de la Colina en un artículo publicado en la revista *Letras libres*, titulado "La palabra exilio":

> ¿De dónde eres?, me había preguntado Castillo [niño mejicano], mientras esperábamos aquel autobús. Del exilio, respondí. Pero si eres gachupín. No, qué gachupín: gachupines tus padr... astros; soy del Exilio. ¡Yaaa! Eso no existe. Me canso de que existe; está en los libros [...] ¿Y Exilio en qué parte de España está? En ninguna. Y entonces ¿Qué son los exiliados? (76).

Lo curioso de esta cita es que no presenta al exilio como una experiencia (transitoria o definitiva), sino como un "lugar". Parecería que el exilio se hubiera convertido en un espacio de pertenencia, enfatizado en la frase "soy del Exilio". Por otra parte, la personificación y la rotundidad de la afirmación de la existencia del mismo resultan casi paradójicas, pues se inscribe en otro mundo, en otra dimensión, a la que nadie, excepto el exiliado mismo, puede acceder.

En este sentido, si la experiencia vivida por los republicanos desterrados los fragmentaba, los hacía vivir, como se ha afirmado anteriormente, "entre dos culturas" (la propia y la ajena), cuál es el lugar del hijo, para quien los límites entre lo real y lo mítico se han desdibujado hasta tal punto que siente que la "verdad" no está en lo cotidiano, en el entorno, sino en una suerte de teoría en la que vive desde siempre. Se presiente que algo va a pasar, pero no se tiene poder para decidir qué será. Algo semejante a lo que le sucede al exiliado, aunque con una diferencia apreciable: el exiliado escribe y protagoniza parte de su historia, al menos la inicial; el hijo es un heredero pasivo, para quien la historia ya está escrita. Y el papel que le toca desempeñar es desgarrante: vivir una vida ajena, en un mundo ambiguo fabricado por sus padres, con la certeza de que ni siquiera eso se puede cumplir plenamente, pues, como todo lo ajeno, difícilmente puede llegar a asimilarse en su totalidad. Es ser siempre "otro". En definitiva, una mutilación de algo que nunca llegó a ser: su propia identidad.

María Rosa Lojo: la hija del exilio.

Sin duda, la presencia española en Argentina es un tema siempre presente en la obra de María Rosa Lojo. Desde pequeñas alusiones en sus poemas, hasta eje temático de sus novelas y ensayos, el exilio y la emigración española de todas las épocas transitan por sus páginas. Para la autora, esta cuestión signa, de muchas formas, la identidad nacional argentina y complejiza aún más la problemática literaria:

> Durante muchos años yo también me creí parte extraviada del país al que evocaban estas imágenes [se refiere a los recuerdos de sus padres]: un fragmento más en el rompecabezas a reconstruir. Le dediqué libros propios y largas horas de memorias fantásticas. Ahora no sabría qué decir: este país austral: la Argentina, no es mi patria (la tierra de los patres) aunque sea el lugar de mi nacimiento físico asentado en un documento de identidad.[...]
> Es la tierra, también, donde han nacido mis hijos, que tienen tanto de sangre alemana como de sangre española: perfectos europeos, se diría, que sin embargo definen, por obra de nuestra paradoja nacional, a un argentino típico. (Lojo, *Los hijos* ... 60)

El argentino, hijo de europeo, vive, muchas veces, pensando en "volver" a un país que, en principio, le es ajeno, pero que a la vez forma parte de su historia familiar. El punto central de la cuestión es, tal vez, la complejidad del término "ajeno" en la semántica argentina, pues, como lo afirma Lojo, la paradoja se instala en lo nacional y forma parte de la realidad no sólo literaria, sino cotidiana:

> Me crié con el oído atento a prodigiosas guitarras andaluzas, a Albéniz y a los amores brujos de Manuel de Falla, junto con algunas dosis fuertes de cante-jondo y de flamenco (que siempre me resultó relativamente incomprensible) y también de gaitas antiguas que hasta el día de hoy me arrancan lágrimas y una alegría perdurable y áspera, como labrada en piedra.[6]

Y esta paradoja se vive, además, como algo completamente "natural".

En consonancia con esto, la dualidad aparece como otra de las características más destacadas de la condición del argentino: heredero de culturas centenarias y hasta milenarias, pero a la vez nacido en una nación joven, recibe un legado cultural de raíces profundas, aunque a la vez, está preso de una

nostalgia incurable que convierte este don en una carga. No todos sucumben, claro está, a la melancolía paterna. La mayoría la supera y aprende a vivir en ese desdoblamiento permanente, a pesar de que la herida, aunque oculta, permanece latente. Lojo capitaliza esta experiencia en su propia literatura:

> ... los gallegos, castellanos y andaluces (y algún moro y seguramente algún judío remotos) que dibujan las líneas de mi mano y se mezclan en mi propia escritura con la fascinación de un llano que los ignora .... (Lojo, *Los hijos* ... 60)

Muchos hijos han vivido convencidos del regreso, a pesar de que sus padres, que fueron quienes inspiraron ese anhelo, supieran que conseguirlo se había convertido en una utopía. Y es esto, quizás, unas de las cuestiones más desgarrantes, pues pareciera que los exiliados o inmigrantes necesitaran convencer a sus hijos para sostener la ilusión de recuperar ese paraíso perdido, sin darse cuenta de que los condenan a un deseo sin sentido y, por ende, sin futuro posible, pues no habría donde volver, ya que nunca han marchado a ninguna parte:

> Aunque las copas se elevasen en los días de fiesta y Laxeiro, el pintor, y su mujer, Lala, brindasen con ellos [sus padres] y hasta con nosotros (los niños sólo un dedo de vino) porque el regreso se acercaba. Ellos no lo creían y yo, que sí lo creí, los vi morir sin que volviesen. (Lojo, *Los hijos* ... 60)

Verlos morir también está inscripto en una paradoja, porque los exiliados, sobre todo, no tanto los inmigrantes, ya estaban muertos de alguna manera. Lojo dice: "Eso es casi todo lo que me queda de ellos: los muertos que me trajeron aquí" (Lojo, *Los hijos* ... 60). Salir expulsados de un sentimiento colectivo, vivir esperando un regreso que se sabe imposible y cargando con un pasado sin futuro fue suficiente para matar el alma del exiliado:

> Ellos lo negaron con su voluntariosa fundación de otra casa y de otra familia en otro mundo, pero lo supieron siempre.
> También lo sé yo, su hija, la hija del destierro, aunque me obstine en refutarlo algunas veces y mire el tiempo con los ojos de infancia de mi padre. (Lojo, *Los hijos* ... 61).

La Argentina, en cierto modo, fue para ellos el lugar[7] del exilio, donde se está de tránsito permanente, donde conviven lo propio y lo ajeno, donde las

cosas resultan familiares, pero no lo son del todo. Argentina es, pues, en el imaginario nacional, el lugar mítico e inexistente que fabulaba José de la Colina, creación de inmigrantes y exiliados de todas las épocas. Y así como el niño mejicano le pregunta al autor "qué son los exiliados?", el argentino se pregunta ¿qué somos los argentinos? Lojo contesta:

> Mirar la vida desde un "no lugar" donde toda huella amenaza desvanecerse como una marca en el agua. Vivir sobre el agua, yendo y viviendo, flotando en la marea de la historia ajena que sin embargo aparece como la más propia. Desde estas contradicciones—que llegan a ser aporías—se dibuja un conflictivo perfil identitario. (Lojo, Mínima autobiografía)

Es el espacio donde los extremos confluyen, aunque no se mezclan. Parecen formar una unidad, pero conviven cediéndose el turno del protagonismo uno al otro sin cesar, alterando todos los órdenes establecidos y creando una nueva lógica, hecha de contradicciones esenciales.

> Pero los hijos, una vez más, sólo repiten las mismas contradicciones que han signado la vida de los padres:
> [Mi padre] Dejaba una España que para sus ojos había retrocedido siglos en el tiempo, donde no cabía la dimensión de su deseo. El futuro estaba afuera. Había resuelto que en las nuevas tierras haría otra cosa, y sería, casi otra persona..., [pero] sólo pudo, en su periplo austral, ser aún más español, y más gallego.(Lojo, Mínima autobiografía)

La consecuencia es inmediata: el hijo del exiliado se transforma en exiliado hijo, juego de palabras presente en el título de la autobiografía de Lojo, que trasparenta una problemática acuciante: el hijo termina sintiéndose extrañamente ajeno a su propio país de nacimiento, el cual se ubica en un lugar jerárquicamente inferior al de origen paterno:

> Para el exiliado hijo el lugar de su nacimiento tiene a menudo la dudosa calidad de las copias platónicas, es un "mundo de segundo grado", en tono menor, a punto de desvanecerse, deslucido e insuficiente. De la historia y la geografía, hasta entonces, sólo me habían hablado los libros de la escuela, incapaces de alcanzar el esplendor de la memoria viva y el peso candente del extrañamiento. La biografía familiar—yo lo ignoraba entonces—no hacía sino repetir lo que la ensayística argentina había rastreado ya en los comienzos de la conquista del

Plata, una fundación que nunca se terminó de realizar, porque las extensiones vacías u hostiles fueron pobladas con el espíritu del "campamento" y no de la permanencia ..." (Lojo, Mínima Autobiografía)

Este espíritu de lo transitorio, que comienza desde antaño y que parece no ser superado en lo sucesivo, determina, de alguna manera, el carácter indefinido del ser nacional que presentan los hijos de inmigrantes o exiliados en sus textos.

En esta misma autobiografía, la autora comenta una anécdota familiar: su padre había plantado un castaño ("En sus hojas rejuvenecía, cada primavera, la esperanza del reencuentro") en el jardín de su casa de Buenos Aires, pero el clima de esta ciudad siempre le fue adverso: "los frutos eran muy malos, casi raquíticos". Cuando su padre muere, ella viaja para (re)conocer España, pero de regreso a la Argentina, se encuentra con que el castaño se había secado. En definitiva, no había razón para seguir viviendo, ya que su dueño, a través de su hija, había logrado su anhelo. De alguna forma, en este caso, se podría sostener una excepción a la regla que determina la imposibilidad del regreso del exiliado y replantear lo dicho anteriormente al respecto: Tal vez, el regreso es posible en el alma de un "exiliado hijo"

El "regreso" de este último es una suerte de homenaje a los padres, pero nunca una convicción enteramente personal: otros lazos con el presente aseguran el "otro" regreso al lugar de nacimiento. Y aquí vuelven a desdoblarse las realidades: a los dos lugares de origen, a la doble identidad y doble ciudadanía, se suma el doble regreso. Por una parte, al lugar idealizado que, muchas veces desde la inconciencia, se ve con los ojos de los padres y no con los propios ("Un mundo cerrado, redondo, verde, por donde pasaba un río (el Coroño) y donde se podía pescar truchas con la mano. Eso es lo que recordaba sobre todo al final"[5] / "Ese paisaje húmedo, verde, siempre sorprendente, con el mar a la vuelta de cada recodo del camino ejerce en mí una especie de encantamiento"[6]), y por otra, al lugar de nacimiento, también teñido de la influencia española a través de signos presentes en la arquitectura de la ciudad, en las costumbres, etc., elementos nuevamente paternos que inscriben la pregunta tácita de cuál es el lugar verdaderamente propio de los hijos.

En muchas oportunidades se ha sostenido que el exiliado vive "enajenado *de* lo propio". Para el caso del hijo, habría que matizar sosteniendo que vive "enajenado *en* lo propio": un simple cambio preposicional que determina la ausencia del exilio heredado.

Se hace patente, entonces, que haber nacido en el exilio fue para muchos un cruel capricho del destino, ya que a pesar de que numerosos exiliados hubieran construido un nuevo hogar en Argentina, todo se sintió siempre como transitorio.

En diversas oportunidades se ha sostenido que el exilio es un lugar de conocimiento. Lojo sostiene, al respecto, que "puede enseñarnos quiénes somos, y dónde estamos parados en la vida". La cuestión sería entonces preguntarse si en el caso de los hijos exiliados, en un exilio que se percibe como dual, paradójico, y a veces, sin sentido, ocurre lo mismo.

Para los exiliados "protagonistas", no cabe duda de que—al menos esto sostienen prácticamente todos—el exilio les enseña algo acerca de su propia identidad. La tematiza, la pone sobre el tapete, la reafirma, en muchos casos. En cambio, para los hijos, este exilio heredado desde el momento en que comienzan a tener conciencia de sí mismos, termina convirtiéndose en una barrera que cuestiona permanentemente la posibilidad de alcanzar la definición de su propia identidad personal y nacional. Para María Rosa Lojo, la literatura es una puerta abierta que le permite descubrir esa conflictiva identidad:

> Integrar el aquí y el allá en un centro nuevo capaz de producir vida y cultura autónomas, valiosas por sí mismas, sin culpas ni añoranzas que impidan o lastren el desarrollo creativo: eso es lo que todavía parece faltar en la conciencia comunitaria argentina, no sólo en la de los pensadores y literatos.[10]

En muchos de los poemas y novelas de María Rosa Lojo aparece una imagen constante: una canción, la cual va "sonando" por sus páginas y sembrando sentidos, por momentos "reales" y, por otros, míticos. En su primer texto poético, *Visiones*, Lojo opera una suerte de progresiva aproximación a su propia historia: comenzando por la visión, casi abstracta, de una guerra, gradualmente se acerca a guerras concretas: Malvinas (Argentina-Inglaterra, 1982) y las conquistas legendarias en la antigua Galicia; para finalmente, en una asociación tácita que permite la presencia del "árbol del Norte", claro desgajamiento del "bosque del Norte", encallar en la historia del "padre", figura central y eje de muchos de los textos que pueden entenderse como autobiográficos.

La guerra se patentiza en un campo de batalla, en el que un dios "hace cantar para que escuches"[11] y te concientices de la crueldad y sin sentido de tanta muerte. Un campo sembrado de muertos que se estremecen "como si

danzaran", que guardan cierta armonía tétrica, cierto aire risueño, en fin, que manifiestan la paradójica belleza de la muerte, abre una temática que no se agotará en el poemario mismo, sino que seguirá presente en toda su obra.

En el tercer poema del apartado "La palabra muda" de este mismo poemario, instaura una nueva paradoja: la inocencia de un juego frente a la realidad mortuoria de la guerra. En este caso, aunque no expresamente, es posible relacionar esta imagen con la guerra de Malvinas, acaecida dos años antes de la publicación del libro: "aquellos jóvenes que aún no son guerreros ... Dan su inocente potencia destructiva"[12], tema que tendrá eco en su novela *Canción perdida en Buenos Aires al Oeste* en la figura de Luis, un joven combatiente muerto en dicha guerra, que pasa de la protección casi uterina de la casa paterna a la fría realidad de un combate perdido desde el comienzo.

Dando un giro al tema, la guerra comienza a acercarse al ámbito español: "... bosque del norte que asedian las tradiciones y caballos de guerra, bendecido por pétreos druidas que levantan altares". Como un viejo legado, la presencia de los Druidas se inscribirá en las páginas de *Visiones*, abriendo el camino a la historia familiar de Lojo. Es entonces, en el primer poema del apartado "De los amados", cuando aparece con más vigor lo autobiográfico: "el padre que canta entre las sombras", esbozo de lo que luego será la ya citada primera novela de la autora, *Canción perdida en Buenos Aires al Oeste*; la canción del padre, que heredará Irene, la hija del exiliado español de esta novela; "la esposa que yace con antigua quietud", anticipo de Doña Carmen, la bella e inalcanzable esposa del exiliado; "el dulce jardín detenido bajo el árbol del Norte", clara alusión a la casa paterna (a través del jardín[13]) y a Galicia (con el árbol del Norte); y, finalmente, "el padre y la madre, ancianos", camino de la muerte, pero dejando una herencia imborrable en sus hijos, Irene y Miguel (de *Canción perdida* ...).

Con respecto a lo autobiográfico, habría que puntualizar que, a pesar de que Lojo no parece encarar su obra con un evidente afán autobiográfico, se percibe un constante diálogo con su historia familiar, inscribiendo sus textos en lo que Lejeune[14] denominara "el espacio autobiográfico", es decir, allí donde los textos no se presentan como autobiografías, pero en los que se pueden identificar—enmascarados detrás de un personaje o comentario del narrador—las marcas de la propia experiencia vivencial del autor. En este sentido, sólo *Autobiografía de una exiliada hija* adhiere al "pacto autobiográfico".

Lo problemático de éstos y todos los escritos de exiliados—protagonistas o herederos que se inscriben en lo autobiográfico—es siempre cómo decir

"yo", puesto que, si el ficcionalizarse ya representa una suerte de fragmentación y enajenación, el "yo" exiliado hablaría desde una postura doblemente fragmentada y enajenada, y desde un lugar en el que no se opera la identidad relacional e histórica, es decir, desde un "no lugar".

En *Forma oculta del mundo*, texto de marcada profundidad psicológica y metafórica, reaparece la imagen de la canción:

> La canción te marca. Recuerdas que tu madre te la cantó al oído muchas veces, en las tardes azules. Ellos comen el pan árido, dividen las regiones de tu cuerpo. Las lágrimas de otro corren por tus mejillas. No estás en el lugar, no hay lugar. El emisario baja sobre tu rostro y lo besa. Te cubren con la sábana de los ausentes y ahora tu voz entona la canción recobrada mientras te dejan solo. ("La canción", *Forma oculta del mundo* 11)

Paulatinamente, estas palabras van predefiniendo la imagen del exiliado hijo: fragmentado ("dividen las regiones de tu cuerpo"), con la sensación de vivir la historia de otro ("las lágrimas de otro..."), la certeza de no poseer un lugar propio ("no hay lugar"), rodeado de ausencias ("la sábana de los ausentes") y la herencia patentizada en una canción en soledad ("tu voz entona...te dejan solo").

Los textos inscriptos en lo autobiográfico de María Rosa Lojo definen espacios relacionales a partir de la imagen de este hijo. Si, por ejemplo, la figura de la hija desplazada por la madre, quien fracasará en muchos casos en su intento de imponer el legado familiar—probablemente por la debilidad de su impulso: "Ella acaricia sus herencias inofensivas"(*Esperan la mañana verde* 11)—crea los espacios más negativos de su obra, por el contrario, el padre lo efectivizará a través de lo mítico ("Mucho antes, en la infancia, en la sobremesa de los domingos, nos instruía sobre su colección preciosa de objetos míticos"). (Mínima autobiografía). Y es en esta relación donde se cifrará el alma del exilio: "No volverá a sentir el roce de las hierbas altas ni el olor de los pinares, no volverá a beber el agua de las lluvias ni cruzará ningún monte detrás de un gamore" (Lojo, Et in hora mortis ... 13).

Y el fantasma de la Guerra Civil Española: "Es un gesto parecido a otros que observó muchas veces en hospitales atestados por la guerra" (Lojo, Et in hora mortis ... 13). Alma de exiliado padre que heredará su sentir a su hija: "Lo miran muchos ojos de mujeres: ojos claros de gata—verdes, grises o azules—desde los ojos de la hija. Ella, que nunca reza, está rezando con palabras antiguas" (Lojo, Et in hora mortis ... 13). Este rezo, que se convertirá en canción, implorará

el perdón "por no mirarte con sus ojos vivos", por condenar a sus hijos a una vida signada por la muerte, la frustración y el recuerdo.

Vampiros, dragones, brujas, hadas y otras metamorfosis populares, ese espacio mítico heredado de la figura paterna, cobrará mayor presencia en *Esperan la mañana verde* y alcanzará, tal vez, su punto culminante en *La pasión de los nómades*[15]. Nuevas alusiones a las figuras paterna y materna aparecen en sus poemas: el "padre que murió con rebeldía" ("El títere", *Esperan la mañana verde* 12) y la madre "que antes de envejecer se dobló como un traje de fiesta y se guardó en un cajón, para que no la sacasen a vivir" ("El títere, *Esperan la mañana verde* 12).

Una serie de poemas evocan, además, el mundo gallego y van delineando el clímax nostálgico de *Canción perdida ...*: "Sempre en Galiza", "Cruceiro", "El señor Santiago". La serie se cierra con "Estatuas", en la que aparece claramente la figura del emigrante: "Todos los años alguien se ata al cuello la carga del amor o del dinero y se arroja a las aguas" ("Estatuas, *Esperan la mañana verde* 55).

Canción perdida en Buenos Aires al Oeste es, como se ha mencionado anteriormente, la primera novela de Lojo. Con evidente carga autobiográfica, la autora perfila la historia de un exiliado republicano español que emigra con su esposa (de familia falangista) a la Argentina. Se instalan en una casa al oeste de Buenos Aires y tienen tres hijos, Miguel, Irene y Luis. Este último morirá en la guerra de Malvinas e instalará definitivamente el duelo en la casa paterna.

Las historias que recrean el mundo español y lo idealizan serán una realidad constante en la vida de esos hijos argentinos, y el ansia del regreso a una tierra que, en definitiva, les es ajena, será impuesta en sus almas desde el comienzo.

El problema identitario aparecerá, entonces, en todo momento: "Sé muy bien que todos los espejos de la casa paterna están para mí inexorablemente rotos" (Lojo, *Canción perdida* ... 14), dice Miguel, el hijo mayor; y el sentido de transitoriedad será permanente, convirtiéndolos metafóricamente en "hijos de los barcos": "La casa... con un tanque de agua que recuerda deliberadamente la chimenea de un barco" (Lojo, Canción perdida ... 15).

La degradación constante del mundo argentino, en pro de otro mundo idealizado, acentuará esta realidad:

> Cruzamos el patio y caminamos hasta el castaño.
> En casa había uno como éste, pero mucho mejor, más grande. Figúrate tú que lo cortamos para hacer muebles. En este clima de mierda nada crece como debiera crecer. Donde yo me he criado ... (Lojo, *Canción perdida* ... 18)

E instalará el mundo español en la nostalgia y los sueños compartidos, como lo explicita Irene, quien, como su hermano, sólo podrá ser consciente de ello en la adultez:

> Pero aquella vida no tenía más de real que la nostalgia. Era tan lejana como la grave y monótona música de gaita que mi padre había oído tantas veces, con alegría descuidada, en las fiestas de todos los santos patronales.
> Música nacida otra vez en mi sueño, reclamándome credulidad absoluta, fervor esencial, lealtad a un mundo que no me pertenece y al que ya no pertenezco. (Lojo, *Canción perdida* ... 25)

Estos hijos constituirán una generación suspendida entre dos tiempos (el pasado evocado y un presente borroso) y dos espacios (España y Argentina), en constante espera de un regreso siempre anunciado, que tardaron en superar:

> Cada vez que condescendía en hablar, mi madre mencionaba sin cese el regreso a España, deseaba volver tanto como antes había querido quedarse, con la misma obstinación. Yo pensaba, dolorosamente, en Andrés de Almada, y Luis oía los relatos diversos de paisajes, de sueños y de glorias con vaga y abierta curiosidad. Irene miraba al vacío, sin saberlo pertenecía ya a esta tierra y a Alberto Krieger. (Canción perdida ... 36)

Y este vacío el que determinará la separación, el verdadero nacimiento del hijo al mundo argentino. Hasta ese momento, sólo constituirá una suerte de prolongación de la vida paterna.

Sin embargo, los padres, nunca conscientes de ello, seguirán viendo en sus hijos la cruel prolongación de su sufrimiento, la herencia implacable de una vida de padecimientos:

> Haberme pasado siete años entre la guerra y la cárcel. Y salir vivo y venir a un mundo donde no había guerras, donde no podía haber guerras. Era estupendo, ¿verdad? Pero tenía su precio, todo tiene su precio. Tuve que entregarlo a él[16]. Él murió de la muerte que yo no tuve. Él cumplió un destino del que yo pensé salvarme entonces ... (Lojo, *Canción perdida* 22)

Y seguirán viviendo, también ellos, como sus hijos, flotando en el mar, detenidos entre dos mundos. Esta idea, que ya aparece en otros autores

argentinos—citados en este trabajo—con una imagen semejante, se recrea en la novela de Lojo:

> Y después jamás pudo hacerse ya un lugar, ni en este mundo, ni en el otro. Se quedó entre ambos, ni vivo ni muerto del todo, flotando como un corcho que se pudre lentamente sobre mareas diversas. (Lojo, *Canción perdida* 88)
> Presos sin retorno, con la nostalgia a cuestas y con la certeza de una muerte anticipada:
> Muerte para Neira, el último de los Neira de Loxo. Si lograse tocar las grandes piedras otra vez. Las piedras de los druidas que señalan caminos y a cuyos pies se levantaron hogueras. Espíritus en el aire de Galicia, a la hora en que las espuelas del Apóstol se clavan en el viento, sobre la Catedral. (Lojo, *Canción perdida* 122)

Así acaba la vida del exiliado, consciente de que el hijo, a pesar de su mitad heredera del mismo sentimiento, jamás concretará el regreso que, con el tiempo se ha vuelto casi absurdo.

En *Amores insólitos de nuestra historia*—donde el adjetivo "nuestra" vuelve a resultar conflictivo, pues habría que resemantizarlo también con aquella dualidad que caracteriza la identidad de la autora y de todo hijo de exiliado, pues la obra consiste en una serie de cuentos, cuyos protagonistas son o bien criollos, o bien españoles, con algunas excepciones de personajes alemanes o anglosajones—Lojo presenta una imagen un tanto distinta del español. Si en *Canción perdida* ... el mundo ibérico era mítico, idealizado y nostálgico, en *Amores insólitos* ... aparece, por momentos, una imagen bárbara y despótica del mismo. En cierto sentido, en muchos cuentos el narrador adopta una postura solidaria con lo autóctono, considerado "civilizado", frente a la brutalidad del conquistador peninsular:

> Aunque los extranjeros parecían menos monstruosos, pues habían salido ya de sus cáscaras, y se les veían el torso, los brazos y las piernas —descoloridos pero de formas aceptables—su manera de abalanzarse sobre los alimentos mostraba claramente una naturaleza inculta y salvaje, ignorante de la mínima noción de etiqueta. (Lojo, *Amores insólitos* ... 29)

La cita no sólo resulta interesante como inversión de la dicotomía civilización-barbarie, tan característica en la literatura hispanoamericana ac-

tual en general y argentina en particular, sino también como muestra de la sutil ironía que caracteriza varios de los cuentos, cuando aparece la voz de un indígena.

La figura del español se torna, entonces, cruel y salvaje: "No sólo porque don Pedro de Mendoza y los capitanes españoles no dejaron un acto insensato sin cometer ..." (Lojo, *Amores insólitos* ... 37). En estas oportunidades, el alemán ocupa el espacio positivo (en *Canción perdida*... había sido Alberto Krieger, novio de Irene y quien la liberara del ambiente opresivo de la casa paterna, y en este libro, Ulrich Schmidl) y es portavoz de los deseos y pensamientos del personaje más unido al suelo americano, claramente hostil al español:

> Poco después había llegado de España el loco Alvar Núñez Cabeza de Vaca (solamente una insana alimentada por varias generaciones podía engendrar un apellido así) investido del poder del Rey para asumir un mando que no merecía ...[17]

En otros cuentos, lo rioplatense y lo español se entretejen armoniosamente, sin dejos irónicos ni visiones encontradas: "Después del asado, y de la rueda de mate, el padre desenfunda la guitarra española que es, junto a la rastra de oro y plata, su único lujo visible".[18]

Pero, entre alusiones explícitas e implícitas al encuentro de lo europeo y lo americano, de lo español y de lo rioplatense, destaca un cuento, "La historia que Ruy Díaz no escribió", ambientado a fines del siglo XVI y principios del XVII. Se trata de la historia de Ruiz Díaz de Guzmán, contador de la Real Audiencia Española, quien escribe la historia de su padre – como lo hace Lojo con el suyo.

En ella, se vuelven a registrar los tópicos del extrañamiento, la nostalgia, el destierro.

> -Úrsula, estoy perdido.
>
> -¿Cómo así, mi señor? Si ésta es tu casa.
>
> -Pero había otra casa en la Asunción, y otra, hace muchísimos años, en Jerez de la Frontera. Si volviera y tocase a la puerta, ¿quién me abriría los brazos? [...]
>
> -También mis padres han muerto.
>
> -Pero sus huesos reposan en esta tierra. Tú eres de la tierra. ¿A dónde querrías volver? Mi pasado se hace polvo, [...] y yo no seré nadie, o seré otro, completamente distinto del que era. (Lojo, *Amores insólitos* ... 49)

Las palabras de Alonso Riquelme de Guzmán, padre de Ruy, compendian magistralmente el padecimiento del desterrado y evidencian la comunión entre el exiliado y el emigrado en la literatura argentina de las últimas décadas: ambos, ya sea un exiliado como Neira, de *Canción perdida* ... o un emigrante como Alonso, de *Amores insólitos* ... son personajes sin raíces, desdoblados en dos espacios y dos tiempos, solitarios y enajenados. Pero que también apuestan a la memoria: "Tiene el mal de la ausencia y acaso el único remedio es la memoria" (Lojo, *Amores insólitos* ... 50).

El hijo escribe, desde su aislamiento —pues, como Zama, el personaje de Di Benedetto, espera su traslado a la metrópoli—las memorias de su padre. Y la escritura es para él, como para la misma Lojo, una forma de rescatar la memoria y de encontrarse a sí mismo, sin dejar de lado lo fácticamente comprobable, ni escapar a lo legendario, que forma parte de su propia historia.

Y aunque sabe, como todo hijo de desterrado, que el regreso al mundo paterno es utópico:

> La otra mitad es la forma del pasado que no llegó a cumplirse, la forma de otro destino que baila con fantasmas en una casa ducal de Jerez de la Frontera, a la que don Alonso jamás volverá, ni siquiera como un recuerdo de los sueños de sus muertos. (Lojo, *Amores insólitos* ... 61)

También sabe que, tras el periplo por la historia paterna, por la herencia de un mundo desgarrado y por la nostalgia de lo propio que es, a la vez, ajeno, encontrará su lugar:

> El aire es un bullicio alegre, un alto cruce de voces diferentes, guaraníes y castellanas, a veces, también, vascas, gallegas, portuguesas.
> "Esta es la patria", piensa.
> Y se deja morir, entre la oscura gente. (Lojo, *Amores insólitos* ... 64)

Sólo que, como todo su ser, será un lugar ambiguo, construido a fuerza de pequeñas piezas fragmentarias, que el azar y los barcos han reunido caprichosamente.

NOTAS

1 Esta postura podría relacionarse con la teoría de los actos de habla fingidos de Austin.

2 Phillipe Lejeune. *Le pacte autobiographique* (París, Seuil, 1975)

3 Lo que se expondrá a continuación es producto de un trabajo de investigación realizado sobre la autora para el Programa de Doctorado: "Teoría del texto y su contexto" de la Universidad de Lérida, España

4 Como es comprensible, uno de los destinos elegidos preferentemente por los argentinos emigrantes/ exiliados fue España.

5 Eduardo Mateo Gambarte, *Los niños de la guerra* ... op. cit. en bibliografía general

6 "Mínima autobiografía de una 'exiliada hija' ". Consultada en la página Web de María Rosa Lojo.

7 Nueva paradoja: es un lugar, pero con las características de un "no lugar".

8 *Entrevista a María Rosa Lojo*, inédita. Estas palabras se refieren a lo experimentado por su padre. Confrontar con la cita que aparece a continuación.

9 *Entrevista a María Rosa Lojo*, op. cit. 90. Esta cita corresponde a lo experimentado por la autora que se corresponde notoriamente con la visión de su padre, en la otra cita que precede a la misma.

10 *Entrevista a María Rosa Lojo*, op. cit.

11 Ésta y la siguiente cita pertenecen al cuarto poema del apartado "Signos oscuros" de *Visiones*.

12 Clara alusión a lo jóvenes que eran los combatientes de Malvinas: adolescentes de 18 a 20 años, que se encontraban cumpliendo con el Servicio Militar Obligatorio

13 Ver autobiografía citada.

14 Lejeune. *Le pacte autobiografique*..

15 Maraa Rosa Lojo, *La pasión de los nómades*, Buenos Aires, Atlántida, 1994. La novela recrea un personaje del siglo XIX, Lucio Victorio Mansilla (escritor, militar y político argentino), y lo transporta a los años '90 del S. XX, para transitar nuevamente su famosa excursión a los indios ranqueles.

16 Se refiere a Luis, su hijo menor, muerto en la guerra de Malvinas.

17 Lojo, "Tatuajes en el cielo y en la tierra". *Amores insólitos de nuestra historia*. 40.

18 Lojo, "Las familias del camino". *Amores Insólitos de nuestra historia* 252.

OBRAS CITADAS

Bajtin, Mijail. *Teoría y estética de la novela*. Madrid Taurus, 1989.

Barthes, Roland "El discurso de la historia" *Ensayos estructuralistas*. Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1971

Barthes, Roland. "El efecto de realidad" *Barthes y otros, Lo verosimil* Buenos Aires: Tiempo Contemporáneo, 1970

Benveniste, Émile. *Problemas de lingüística general I*. México: Siglo XXI, 1995.

Colina, José de la. "La palabra exilio". *Letras Libres* 1.8 (agosto 1999): 76-77

De Man, P. "La autobiografía como des-figuración". La autobiografía y sus problemas teóricos Estudios e Investigación documental. *Suplementos Anthropos* (1991). 1991. 113-117.

Gambarte, Eduardo Mateo. *Los niños de la guerra. Literatura del exilio español en México* Madrid: Iberoamericana, 1994.

Gusdorf, G. "Condiciones y límites de la autobiografía" La autobiografía y sus problemas teóricos. Estudios e Investigación documental *Suplementos Anthropos* 29 (1991): 9-17.

Hamburger, K. *Logique des genres littéraires*. Paris: Seuil, 1986..

Lejeune Philipe *Le pacte autobiographique* Paris Seuil, 1975.

Lojo, María Rosa. "España (Argentina) en el corazón: Los hijos de la posguerra" en Publicación del Hogar Gallego para Ancianos en su 50° Aniversario. Buenos Aires, 1943-1993.

"Et in hora mortis nostrae" *El grillo Revista de cultura*. Buenos Aires, 1, 1 Agosto 1991: 13

- "Figuras en los vidrios" *El grillo* Revista *de cultura*, Buenos Aires, 5, 13, Septiembre-Octubre 1995 28.
- "Nuevas fronteras en el fin del Milenio".*Cuadernos Americanos* 56. 2 (1996): 71-86.
- "Poética del viaje en la narrativa argentina actual" en Karl Kohut [ed.]. *Literaturas del Río de la Plata hoy*. Frankfurt-Madrid 1996. 135-143.
- *Amores insólitos de nuestra historia* Buenos Aires: Alfaguara, 2001.
- *Canción perdida en Buenos Aires al Oeste*. Buenos Aires: Torres Agüero. 1987
- *Esperan la mañana verde*. Buenos Aires: El Francotirador, 1998
- *Forma oculta del mundo*. Buenos Aires: Ediciones Último Reino, 1991.
- *Marginales*. Buenos Aires: Epsilon, 1986
- "Mínima autobiografía de una 'exiliada hija'".
- www.almargen.com.ar/sitio/seccion/literatura/lojo
- *Vivencias* Buenos Aires. Exposición Feria Internacional de Buenos Aires, 1984 Pozuelo Yvancos, J. M *Del formalismo a la neorretórica*. Madrid. Taurus, 1988.